

VIII CONGRESO INTERNACIONAL DE FENOMENOLOGÍA

CUERPO Y ALTERIDAD:

PALABRAS DE PRESENTACION¹

25 de Octubre de 2006

a cargo de César Moreno
Presidente de la SEFE

Buenos días. Me permitirán ustedes que comience saludando a todos los asistentes y agradeciendo especialmente a la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Valencia (de la que es decano el prof. Ramón López Martín) y al Departamento de Filosofía del Derecho, Moral y Política (dirigido por D. Juan Francisco Lison Buendía) su acogida, apoyo y ayuda para la organización de este VIII Congreso Internacional de Fenomenología, organizado por la Sociedad Española de Fenomenología en colaboración con la Universidad de Valencia. Debo mencionar especialmente al prof. Jesús Conill Sancho, compañero en la Sociedad desde hace muchos años, que se prestó amable y generosamente a organizar este congreso, por todos sus desvelos en la organización del mismo. Tampoco puedo olvidar a Rafael Monferrer, que nos ha ayudado en todo momento en los a veces dificultosos asuntos de la organización de un evento como éste. A todos, pues, en nombre de la Sociedad Española de Fenomenología, mis más sinceras y cordiales gracias. Y a todos los asistentes, por su presencia, y pidiéndoles que aprovechen estos días para disfrutar aquí, entre-todos-nosotros, y del tema que nos ha convocado.

Como ustedes saben este congreso tiene por tema marco, global, el de *Cuerpo y Alteridad*. Hablaré de ello –pero sólo brevísimamente– dentro de un momento. Antes, me permitirán que comparta con todos ustedes, profesores de la Universidad de Valencia, ponentes, comunicantes y alumnos

¹ Por su interés, publicamos las “Palabras de presentación” con que el Prof. César Moreno inició el Congreso.

asistentes, en general, la satisfacción y honda alegría que para la Sociedad Española de Fenomenología representa el que este VIII Congreso pueda celebrarse expresamente en memoria y homenaje al profesor Fernando Montero Moliner, que fue durante muchos años catedrático en esta Universidad y, desde su fundación en 1988, presidente honorífico de la Sociedad Española de Fenomenología hasta su muerte. Será inolvidable para muchos miembros de la SEFE el afán con que Fernando Montero, acompañado en muchas ocasiones por su esposa, Carmen Bosch, y otros amigos de Valencia, Castellón y Alicante, participaba los fríos –y los recuerdo como soleados– sábados por la mañana en el Edificio de Humanidades de la UNED, en Madrid, cuando nos reuníamos a hablar sobre el mundo de la vida en Ortega y Gasset o el tema que en aquel momentouviésemos entre manos –que tan importante como pensar y departir durante más de cuatro horas casi sin descanso ni respiro era verse de vez en cuando las caras. Vaya también nuestro recuerdo, por cierto, para otros amigos que nos dejaron: Antonio Rivera, incondicional de aquellos encuentros, y Manuel Riobó. Y también para Andrés Simón. A todos ellos nuestro recuerdo y homenaje. En todo caso, es cierto que aquí, con todo el cariño, es a Fernando Montero a quien nos debemos. Y no diré más, pues tendremos ocasión de asistir a una mesa redonda el jueves por la tarde en honor a su persona y su legado, a la que están todos ustedes invitados.

Pues bien, cuando en Mayo de 2004, en Salamanca, mientras transcurría nuestro VII Congreso, sobre *Interculturalidad y conflicto*, se planteó la idea de que el tema del VIII Congreso de la Sociedad Española de Fenomenología fuese el de *Cuerpo y alteridad* estábamos, entre los asistentes a la Asamblea de la Sociedad, eligiendo un tema de una actualidad y de una trascendencia creo que casi incomparables. Dos auténticos ejes del pensamiento actual, y no sólo del pensamiento, digamos que de puertas adentro del mundo académico, sino de la sociedad contemporánea en su conjunto, en todas sus manifestaciones. Me tomaré un minuto para recordar cómo en esta última década han aparecido en nuestro país múltiples estudios centrados en torno al problema filosófico (y especialmente desde una perspectiva estética) del cuerpo. La relación no pretende ser exhaustiva, desde lue-

go, pero me vienen rápidamente a la memoria, en orden cronológico, el muy inquietante estudio de José Miguel García Cortés sobre *El cuerpo mutilado (La angustia de muerte en el Arte)*, de 1996; el volumen monográfico colectivo, dirigido por el prof. Romero de Solís, que editó en 1999 la Universidad de Sevilla, titulado *Variaciones sobre el cuerpo*, y otro más, editado en 2002 por la UNED, a coordinado por los profesores María del Carmen López y Jacinto Rivera titulado *El cuerpo. Perspectivas filosóficas*. Ese mismo año de 2002 se publicó *La nueva carne. Una estética perversa del cuerpo*, editado por Antonio José Navarro. De un año posterior, 2003, son los estudios de Juan Antonio Ramírez sobre *Corpus solus. Para un mapa del cuerpo en el arte contemporáneo* y Pere Salabert *Pintura anémica, cuerpo succulento*. Al poco, en 2004, publicó Pedro Cruz Sánchez su (a mi entender) muy valioso y denso estudio sobre *La vigilia del cuerpo. Arte y experiencia corporal en la contemporaneidad*. También ese año David Pérez recogió textos diversos bajo el título de *La certeza vulnerable, Cuerpo y fotografía en el siglo XXI*. ¿Quién da más? El recuento no es en absoluto exhaustivo. Fuera de nuestras fronteras, el año 2000 aparecen los estudios cruciales de Michel Henry, *Encarnación. Una filosofía de la carne*, y Jean-Luc Nancy, *Corpus*. No es necesario proseguir, que ya abrumba tan sólo esto. Todo esta abundancia de referencias no es, a fin de cuentas, sino la "punta de iceberg" de una de las grandes problemáticas del siglo XX.

Así pues, el cuerpo –quién no lo sabe– *está hoy por todas partes*. Y la alteridad. Lo que –dicho así– parece una solemne obviedad o una necia verdad de perogrullo. Pero cuando se dice que el cuerpo *está hoy por todas partes* es porque, sin duda más que nunca antes en la historia occidental, fue el cuerpo *objeto y tema* tan polémico y diría que incluso "venerado". Así que cuando se dice que el cuerpo *está por todas partes*, lo que se quiere decir es que el *pensamiento* sobre el cuerpo, la *imagen* del cuerpo, la *ideología* del cuerpo, el *norte* del Cuerpo y también *su laberinto* se han convertido absolutamente, con expresión orteguiana, en *tema de nuestro tiempo*. Tema prioritario y protagonista, desde hace muchos años. Si ya Ortega y Gasset –que es casi como el patrón de la fenomenología española– hablaba en 1930 de la importancia, a su juicio excesiva, que estaba cobrando el

cuerpo, no es necesaria sagacidad especial ni extraordinaria para imaginar a Ortega ¡si levantara la cabeza! al ver y constatar cómo el Cuerpo se ha ido infiltrando o expandiendo en los entresijos (y a las claras, sin duda) de nuestro pensamiento e imaginario, de nuestros proyectos, obsesiones, afanes y deseos, miedos, manías, fobias y complejos (incorpórense aquí todas las turbulencias psíquicas de los sujetos contemporáneos que se quiera)... hasta ocupar una posición preponderante nunca alcanzada hasta el momento presente.

Cuerpos por todos lados, decía. Ciencia, Estética, Ética, Psicología, Biopolítica y, en suma o a fin de cuentas, como referencia última, *experiencia-de-los-cuerpos*. Y podríamos seguir. De la mesa del quirófano –ya fuese para un trasplante de hígado o para un implante mamario de silicona– hasta los cuerpos del expansivo imaginario erótico y pornográfico, pasando, lógicamente, por aquellos cuerpos de la mujeres con burka, en realidad más visibles que nunca en Occidente, a pesar de y gracias a su ocultamiento; desde las imágenes de las montañas de cadáveres en el momento de la liberación de los campos de concentración (no hace tantos años de eso), hasta las imágenes de los cuerpos acosados por la obesidad mórbida o aquellos otros, esqueléticos, de las personas anoréxicas...; desde los cuerpos más lozanos y atractivos hasta aquellos cuerpos de cadáveres cuyas piezas se dejan vender, y a qué buen precio, en el mercado negro de órganos; desde los cuerpos experimentales del accionismo vienés de los Brus, Mühl, Nitsch o Schwarzkogler, de los años 60, hasta aquellos otros cuerpos mutantes de Orlan, o los cuerpos biomecánicos de un Sterlac o Antunez... hasta llegar al límite de los cuerpos de los que no podría asegurarse a ciencia cierta que fuesen cuerpos humanos, y al fin, por fin, hasta la pregunta sobre qué es “cuerpo”, o qué es “alma”, y –como en aquella cuestión spinoziana que luego se hizo tan famosa– la pregunta “por lo que puede un cuerpo...”.

Decía: *Cuerpos por todos lados*... y parece como si al decirlo así todo fuese fácil. Pero no lo es. No es fácil de ninguna de las maneras, y bien que lo sabe el método y la filosofía del siglo XX que sin duda alguna más aten-

ción prestó a nuestra *encarnación* –o *incorporación*– y a esa unidad psico-somática o psicofísica que somos. De Husserl a Michel Henry, pasando por Sartre y Merleau-Ponty, pero también un Lévinas o un Richir (pero, eso sí, sin apenas poder incluir en este repertorio a Martin Heidegger), me refiero, sin duda, a la fenomenología y su deuda incondicional con la descripción y la positividad incontrovertible, y no por ello un ápice menos compleja, de la experiencia vivida de estos cuerpos no que “tenemos”, no *cuerpos-cosa* ni *cuerpos-objeto*, sino *cuerpos vividos*, cuerpos no de nuestra *exterioridad*, sino de nuestra *interioridad*, cuerpos que nos vemos y tocamos a nosotros mismos y entre nosotros, y que *hacen mundo* de continuo, y que, en efecto, se desenvuelven a veces con dificultad *entre mecánica y vivencia*, *entre cosa físico-material y organismo vivo*, *entre víscera y sentido*. Estoy convencido de que aunque todos los trabajos que se presenten en este congreso no se ajusten a lo que sería un modelo canónico y ortodoxo de “fenomenología”, todas las contribuciones ayudarán a pensarnos en *nuestros-cuerpos* (que es de lo que se trata) en tanto nos ofrezcan un material de trabajo e investigación de primera mano. Y les aseguro que el menú es muy completo.

Cuerpos –insistiré una vez más en ello– *por todos lados*: presencia inmensa, abusiva, exhaustiva de cuerpos. Cuerpos, en honor al tema de nuestro congreso, de la *Alteridad*: cuerpo de aquel al que se ama y se maltrata, cuerpo que consumen y se consume, y circula, cuerpo de mujer, cuerpo de niño –incluso de feto– cuerpo de anciano, cuerpo de enfermo –incluso de moribundo...–, cuerpo del que trabaja con su cuerpo, y cuerpo del que viene de lejos. Alteridades por doquier... y en todas se insinúa un idéntico desafío: el de la exigencia de *conocimiento y respeto a los cuerpos*, porque ya sabemos (como nunca se supo con tanta precisión y lucidez) que la alteridad se detecta en las resistencias que opone, en los retos que lanza, en las irreconciliaciones... Si pudiéramos compartirlo entre todos, y que cuando hablásemos del “cuerpo social” no fuese un *flatus vocis*, *Nuestro cuerpo* será de todos.

Cuerpo de la alteridad, decía hace un momento y ahora debería añadir: *Alteridad del Cuerpo*. No, no se trata del ya conocido juego de palabras en-

tre cuerpo de la alteridad, alteridad del cuerpo. Decía –y lo repito una vez más (y esta vez, por última vez): *Cuerpos por todos lados*, y parece fácil, pero no lo es. Cuando, comentando a Leibniz, dice Gilles Deleuze: «...debo tener un cuerpo porque hay algo de oscuro en mí», qué cierto es eso: que tenemos –y bien que lo sabemos– nuestros cuerpos, estos que sentimos, que nos vemos, que gozamos y sufrimos, que nos arreglamos, que cuidamos, que disciplinamos, los cuerpos que dicen que estamos aquí o allí, tu cuerpo y el mío, y a veces recordamos los otros cuerpos, estos extraños que llevamos aquí, no *junto a* nosotros, sino *en* nosotros mismos. Extraños con una extrañeza que a veces –todos los sabemos– atemoriza (y mucho) pensar, pues de ella procede dolor, enfermedad y muerte. Nuestra constitución quiso, por un designio que no se nos alcanza con suficiente lucidez, que ese cuerpo nos fuese ajeno, que se mantuviese anónimo y oscuro, que cada uno fuese incapaz de reconocer su bazo o su propio corazón. Conocemos a la perfección nuestras manos y pies. Nos reconocemos en ellos, en nuestro cuerpo “exterior” sensible. Pero, ¿qué haremos con nuestras vértebras y nuestra pelvis, con nuestro intestino delgado, o con nuestra traquea, cómo trataríamos con la vejiga o el páncreas...? ¿Y no han tenido algunos la tentación de decir de *Eso* –o de *éste*– que es “nuestro cuerpo” único y verdadero? No, no hay apenas *cara a cara* con este cuerpo extraño, no hay diálogo posible, hasta la fecha, sino una especie de abismo, de discontinuidad insalvable. De esto también habremos de hablar.

En fin. Eran sólo unas pocas ideas. Ya termino. Cuando hube de idear algún motivo para el cartel de nuestro congreso, quise homenajear al que podríamos llamar *el cuerpo múltiple*. Eso tan simple pretendí: y compuse, tomando imágenes de aquí y de allá, un pequeño fresco, un modesto panorama: allí estaban el cuerpo encogido, replegado sobre sí, del feto, aún sin mundo, y los cuerpos entrelazados de los que luchan, y el cuerpo en actitud de diálogo, y el fragmento/vientre, en una misteriosa penumbra, y el esqueleto radiografiado, y un maniquí de un cuerpo de mujer convertido sádicamente en sillón por Allen Jones en un gesto completamente ambiguo, hasta que al final aparecía una bujía. No sé bien por qué, pero nadie me preguntó por la bujía. Y no sé si se llega a comprender lo que significa. Era

sí, en efecto, el paso del feto a la bujía, del cuerpo en gestación a la techné, pero lo interesante era el título de este cuadro (pues se trata de un cuadro), de Francis Picabia. La bujía, con su capacidad de encendido, se refería también al cuerpo. Picabia lo tituló *Joven americana en estado de desnudez*. En el “entretanto” del devenir que reflejaban las imágenes, el cuerpo había pasado desde aquel feto a un bujía. El cuerpo había perdido su compostura y su figura, y hasta su propia carne –hasta que ya no sería tan fácil saber *qué* es un cuerpo y *qué cabe esperar* de él y en qué experiencias y discursos tiene aun cabida legítima. De esto también hablaremos aquí, sin duda.

Y ya termino, pidiendo disculpas por el exceso de mis palabras, renovando las gracias a todos ustedes y deseándoles, si me permiten expresarme así, ¡buen provecho!